

MUNDO HISPANICO

TENDENCIAS POLITICAS DE HISPANOAMERICA DESPUES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

I. LAS COMUNIDADES POLÍTICAS IBEROAMERICANAS ANTERIORES A LAS DOS GUERRAS MUNDIALES: CARACTERÍSTICAS GENERALES Y TIPOS MÁS ACUSADOS

El siglo XX, y su profunda serie de sacudidas en cadena (primera guerra mundial, revolución comunista, crisis económica de 1929, segunda guerra mundial) han afectado a Hispanoamérica, como a las demás grandes regiones del planeta. Para medir el alcance y el sentido de los cambios producidos, es menester referirse, aunque sea de modo sumario, a la situación anterior (1).

Un siglo después de la Independencia (1810-1910), los países iberoamericanos eran, en general, países de estructura social conservadora, y en contraste con el tenor liberal, y a menudo radical, de los textos constitucionales. El resultado era de una notable inestabilidad política que no afectaba al mantenimiento de las estructuras básicas.

Los grandes elementos a tener en cuenta eran los siguientes: una loca geografía, o, si se prefiere, una naturaleza aún mal dominada; una demografía en expansión, pero sin haberse producido aún la explosión de los tiempos más recientes; espacios vacíos, que entonces atraerían (más que ahora) la emigración europea; un complicado proceso de mestizaje racial, de muy variados ingredientes según los países; una economía esencialmente extractiva, agrícola, y ganadera.

La Independencia se había producido bajo el influjo de las ideas racionalis-

(1). Ver M. FRAGA IRIBARNE: «Sociedad, política y Gobierno en Hispanoamérica»; Madrid, 1951 (prólogo al vol. I, *Las Constituciones del Ecuador*, de la colección «Las Constituciones Hispanoamericanas»); JULIO YCAZA TIGERINO: *Sociología de la política hispanoamericana*, Madrid, 1950, y *Originalidad de Hispanoamericana*, Madrid, 1952; WILLIAM PIERSON y FEDERICO G. GIL: *Governments of Latin America*, New York, 1957.

tas del siglo XVIII (2), y el impacto inmediato de las revoluciones francesa y norteamericana. Pero la realidad social y la violencia de las guerras de independencia crearon unas condiciones reales muy distintas (3). Después de la independencia, en la mayor parte de los países se continúa (incluso reforzado) el sistema semifeudal anterior. La base del orden social siguió siendo la gran propiedad agrícola (estancia, hacienda), y el «gamonal» o caudillo local, señor de núcleo campesino, supeditado a un caudillo de pueblo o de comarca, como éste lo estaba a un caudillo de Estado o de Provincia, y éste a un jefe nacional. De arriba a abajo, detrás de los nombres de los partidos, de las competencias federales, de los títulos políticos o de los mandos militares, lo que corre es una cadena muy efectiva de lealtades personales, y de la protección que en cambio ofrecen los caudillos superiores.

Así como en los Estados Unidos hubo un importante reparto de tierras y el *homestead* y el derecho de prioridad fueron la más efectiva palanca de la democracia, encontramos el ejemplo contrario en el Sur. Incluso en países como Argentina, donde no hubo mestizaje, y las relaciones con el indio fueron guerreras, como en el Norte, no hubo «democracia territorial»; el arrendamiento prevaleció sobre la cesión de propiedad, y hasta se dió el caso de la «emigración golondrina» de los italianos, que no encontraban asiento permanente.

Así, en Méjico, a primeros de siglo, del 95 al 99 por 100 de las familias no poseían tierra alguna. En la mayor parte de los países con población india, subsistían, en la práctica, situaciones de «peonaje» o «pongueaje», es decir, de servidumbre de la gleba, de uno y otro tipo. La expansión comercial de finales de siglo incluso reforzó el sistema, pues hubo interés en aumentar las plantaciones de productos como el café, el cacao, etc., siempre en perjuicio de las comunidades indias (muy perjudicadas por leyes como la mejicana, de 1883; la boliviana, de 1886; la guatemalteca, de 1894). Por otra parte, el monocultivo y la dependencia creciente de los mercados exteriores, aumentaron la tendencia a la fragilidad del sistema económico, y de un sistema financiero basado principalmente en los aranceles.

(2) Conocemos la lista de los libros que acompañaban a Bolívar en ciertos desplazamientos: HOBBS, MONTESQUIEU, SISMONTI, CONSTANT, «El Federalista», NAPOLEÓN, JOVELLANOS, HUMBOLDT, etc. (*Obras completas*, vol. II, págs. 265-266). Véase mi trabajo «La evolución de las ideas de Bolívar sobre los poderes del Estado, y sus relaciones», en *REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS*, núms. 117-118 (1961), págs. 225-262.

(3) «La figura de Bolívar emerge sobre una confusa e inarmónica masa étnica, sobre una cultura embrionaria, sobre una indómita geografía, sobre nacionalidades sin contorno», JULIO YCAZA: *Hacia una Sociología hispanoamericana*, Madrid, 1958, pág. 41.

Es obvio que en estas condiciones el sistema social era profundamente oligárquico (4). En la mayoría de los casos, los frutos económico-sociales del mismo fueron mediocres (5). En unos países el progreso fué mayor y más ordenado que en otros (6); influye la presencia de unos y otros tipos raciales la altitud, la posibilidad de comunicaciones, etc. En su conjunto, sin embargo, se observa un nuevo anhelo de emancipación cultural y económica respecto de Europa (7), de abandono de la inestabilidad política (8), de progreso económico y educativo (9), de búsqueda de nuevas fórmulas jurídicas más adaptadas a la realidad americana (10).

Pero fueron factores de la nueva realidad social los que de modo más patente actuaron para producir lo que bien puede llamarse *la segunda revolución iberoamericana*. En el medio siglo que va de 1910 a 1960, el cambio social es

(4) A. URQUIDI se pregunta: «¿Puede hablarse de democracia en un país de condición semicolonial, de hondas diferencias sociales, sometido al dominio oligárquico de escasas minorías y que, por añadidura, tiene un 80 por 100 de analfabetos, marginados casi en absoluto de la vida civil y política?»

(5) «La principal acusación que puede lanzarse a los terratenientes, las plutocracias criollas y los jefes políticos que pasaron a dominar en la América Latina después de la independencia, no es que hayan logrado perpetuar un sistema en que tenían todas las ventajas de su parte, sino que lo hubieran empleado tan mal.» (CARLOS DÁVILA: *Nosotros, los de las Américas*, Santiago de Chile, 1950; pág. 323.)

(6) En 1907, el peruano GARCÍA CALDERÓN señala como países más avanzados a Méjico, Brasil, Argentina, Perú y Chile, de los que dice: «Ya no son Repúblicas de pronomiamiento, efímeras y lánguidas, sino pueblos libres.»

(7) El colombiano LÓPEZ DE MESA escribe: «En el fondo arcano de estos acaecimientos de la historia iberoamericana se descubre la tesis elemental de que un siglo después de la emancipación política aún éramos colonos de Europa»; por otra parte, subraya la convicción de que la nueva independencia política no basta: «libre disposición de nuestras instituciones no significa posible adquisición de un sosegado vivir.» (*Disertación sociológica*, pág. 312.)

(8) «En regla general, ninguna revuelta ha consolidado nada» (COLMO: *La Revolución en la América Latina*, Buenos Aires, 1932). Pero, a su vez, observa el ya citado LÓPEZ DE MESA, «la sangrienta y alocada vida que llevaron nuestros pueblos durante la centuria XIX, su gran dolor y sus errores, sin inquietud incesante y torturadora, prenda son de una elación, de un anhelo, de una virtud ascendente.»

(9) Ver, en particular, M. FUENTES IRUROZQUI: *El bloque económico iberoamericano*, Madrid, 1953, y *Problemas de la Economía iberoamericana*, Madrid, 1959.

(10) En la VIII Conferencia Internacional Americana (Lima, 1939) la Delegación del Perú presentó un proyecto de unificación del Derecho civil, en el que se decía: «No hay que olvidar que, en un buen número de países americanos, rigen aún, en lo fundamental, los conceptos civiles liberales de principios del siglo XIX, muy distanciados ya del tipo de sociedad plasmado en nuestra época.»

mucho más rápido que en la centuria precedente. El resultado es un cambio político igualmente profundo y rápido, que afecta a los ideales constitucionales; a las fuerzas de los partidos y grupos de presión; al tipo de las clases dirigentes; a la fuerza política de las masas. El viaje de Nixon en 1958 y el triunfo de Fidel Castro al año siguiente, fueron nuevos síntomas más aparatosos, de lo que ya se anunciaba en las crisis de Argentina, Bolivia y Guatemala: todo ello partes de un gran proceso que es uno de los más importantes aspectos de la situación mundial, en la segunda mitad del siglo XX.

II. FACTORES PRINCIPALES DE LA REVOLUCIÓN IBEROAMERICANA PRESENTE

Es un hecho unánimemente admitido que a partir de 1910 se inicia el *derrumbamiento del orden tradicional* iberoamericano, y ello como resultado de factores muy complejos, pero con una gran homogeneidad, desde la Revolución mejicana de 1911 a la boliviana de 1952; seguida de las más radicales de Guatemala y Cuba. Salvo excepciones relativas (como Nicaragua y la República Dominicana) este proceso ha llegado, más o menos, a todos los países. En los últimos años, este proceso se ha hecho particularmente agudo en sus externas manifestaciones políticas, como lo demuestran los sucesos de Guatemala y Brasil, en 1954; de Argentina, en 1955; de Colombia, Haití y Honduras, en 1956; de 1958 y siguientes, en Venezuela; para culminar en el problema castrista, a partir de 1959, con la situación actual, que hubiera resultado inverosímil hace unos años, de una República socialista en medio del Caribe, el Mediterráneo americano. El reciente asesinato del ex presidente Trujillo, después de los presidentes de Panamá, Nicaragua y Guatemala (a partir de 1955) demuestra la gravedad de la situación en una zona crítica.

No hay duda de que, en la mayoría de los casos, no se trata ya de simples cambios de equipo gobernante, sino de verdaderas revoluciones, que se apoyan en cambios de estructura, respecto de los cuales no hay posibilidad de retorno; éste parece ser ciertamente el caso de México, Bolivia y Cuba. En otros casos (como en Colombia) la violencia se prolonga a lo largo de años, sin que se encuentre la vía del arreglo definitivo, lo que parece indicar la presencia de fuerzas sociales que no acaban de encontrar la adecuada expresión política. En otros casos, finalmente, como en Brasil, el conjunto de los cambios demográficos, económicos, políticos, etc., aún sin un gran derroche de violencia ni una formulación económica precisa, constituyen, por su volumen y rapidez *una verdadera revolución*. Como observa Charles Wagley, Brasil está en medio del cambio de la sociedad decimonónica (agraria, tradicional, etc.), a la moderna

sociedad sudamericana (urbana, industrial, etc.) (11), y a partir de 1930 el conjunto de los cambios se hace torrencial e incontenible (12).

En todos los casos, la sociedad criolla del siglo XIX se está derrumbando, siendo especialmente de destacar estos factores:

- a) Crecimiento demográfico.
- b) Aparición de nuevos grupos sociales (sobre todo urbanos).
- c) Transformación económica y entrada de capital extranjero.
- d) Crecimiento enorme de las comunicaciones y de los medios de difusión colectiva.

El resultado de todas estas fuerzas, es que las viejas clases dirigentes y sus fórmulas políticas, en general, no resisten la ola. La aristocracia latidifundista conserva en bastantes países una gran influencia, pero su poder político está irremisiblemente comprometido. Los grupos militares, muy influyentes en la política iberoamericana, lo siguen siendo, pero de modo muy diferente. Por otra parte, la jerarquía católica tiene ahora una influencia y unos problemas que son también diferentes de los de antes, como se vió en Méjico en la época de la persecución, y ahora en Cuba. Veamos por separado algunas de estas cuestiones.

a) *La revolución demográfica iberoamericana.*—El ritmo de crecimiento de las poblaciones iberoamericanas es, en este momento, superior al de cualquier otro continente o área regional. El mundo iberoamericano, que tenía diecisiete millones de habitantes al acceder a la independencia, llega a los 70 en 1900, a 80 en 1914, a 170 en 1950 y en 1960 alcanza los 206 millones de habitantes. Los cálculos más seguros prevén 300 millones en 1975 y 600

(11) «The Brazilian revolution: social changes since 1930», en *Social Change in Latin America today*, por RICHARD N. ADAMS y otros; Nueva York, 1960, págs. 177 y siguientes.

(12) A primeros de siglo Brasil era un país con menos de dieciocho millones de habitantes, el 75 por 100 analfabetos, en su mayoría pobres; enfermos y aislados a lo largo de un inmenso territorio; no pocos de ellos acababan de salir de la esclavitud (1880) y del sistema aristocrático del Imperio (1889).

La población se cuadruplica en medio siglo (1900, 17,5 millones; 1920, 30,6; 1940, 41,5; 1950, 52,6; 1960, 67,2). Muchos se agrupan ahora en grandes metrópolis, como Río o São Paulo, con formas de vida totalmente diferentes, etc. Ver T. LYNN SMITH: «The Giant Awakes: Brasil», en *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, núm. 334, págs. 95 y sigs.

(13) Ver «A crowding Hemisphere: population change in the Americas», en *The Annals*, cit., vol. 316, marzo de 1958.

para el año 2000 (13). Ahora bien, el crecimiento de la riqueza, y su distribución, tendrían que adaptarse a este ritmo. Hoy los déficits son grandes, en materia de alimentación, de vivienda, de educación; el 80 por 100 de estos grupos humanos vive en niveles de gran pobreza. Los «ranchos» de Venezuela, las «favelas» de Río, las «villas miserias» argentinas, las «poblaciones clandestinas» peruanas, las «callampas» chilenas, son el combustible natural de una caldera político-social agitada. Pues al mismo o mayor ritmo han crecido los votantes: en las elecciones brasileñas de 1933 sólo hubo un millón y medio de sufragios; en 1954, quince millones. La mayoría de estos votos ya no los controla el «coronel» o cacique local.

b) *La transformación económica.*—Hacia 1875 se inició en Hispanoamérica una transformación económica, que comenzó por un gran desarrollo de las exportaciones agrícolas, ganaderas y minerales (14). El crecimiento de las poblaciones europeas y la mejora de los transportes creó estos mercados, y aumentó aún más la situación de predominio de los grandes terratenientes. Pero la primera guerra mundial rompió las relaciones normales con Europa: hubo que sustituir importaciones, iniciando la industrialización, favorecida también por la necesidad de invertir los grandes beneficios de las exportaciones, reforzadas por la propia guerra. El proceso se repitió, aún más reforzado, en la segunda guerra mundial. Lo cierto es que en 1939 había ya países, como Argentina y Brasil, en los cuales el valor de la producción industrial supera ya al de la agrícola. En 1959, tomando el conjunto de los países, todavía los tres quintos del total de una escasa población activa siguen dedicados a actividades primarias; pero a partir de 1947, la producción de los otros dos quintos es superior.

Las dos guerra, y sobre todo la segunda, hicieron crecer notablemente la riqueza (15), la renta *per capita*, en los países iberoamericanos. De 1938 a 1949, la renta sube más rápidamente que el crecimiento de la población; así, en Méjico, la renta por habitante dobla (de \$ 60 a \$ 121); en Brasil, casi

(14) La tendencia al monocultivo, por otra parte, habrá de acarrear una típica crisis de la agricultura tradicional. Ver MARIO BRICEÑO-IRAGORRY: *Alegría de la tierra*, Madrid, 1953.

Por otra parte, la economía se volverá enormemente vulnerable. En Colombia, el café supone el 65 por 100 de la exportación total del país y el 82 por 100 en 1952. Ello hace depender todo el sistema económico del número de tazas diarias que tomen los norteamericanos.

(15) El *producto nacional bruto* crece entre 1945-1957 en Méjico en 100 por 100; en Brasil, 87 por 100; en Colombia, 76 por 100; en Perú, 73 por 100; en Argentina, 45 por 100; en Chile, 30 por 100.

se cuadruplica (de \$ 33 a \$ 112); en Cuba se aumenta el 24 por 100; en Perú el 12 por 100. Se estima que de 1945 a 1951, el promedio de crecimiento anual fué del 47 por 100.

Pero, a partir de 1952, el crecimiento no compensa suficientemente el crecimiento de la población. El promedio del crecimiento, en el período 1952-1956, fué poco más del 1 por 100. Las causas son diversas: se han agotado los superávits de divisas producidos por la segunda guerra mundial; en todo el mundo ha bajado el precio de las materias primas; las inversiones exteriores decrecen. Todo ello provoca una crisis característica en los planes de desarrollo, acompañada de inflación, de la depreciación de la moneda, de la crisis de la balanza de pagos, etc.; y llega el momento de la cirugía, de los planes estabilizadores en Argentina, Chile y Perú, etc.

Pero hay más. Si la renta *per capita*, en general, sigue siendo baja (16), la distribución efectiva de la misma es enormemente discriminatoria. En Colombia, algunos cálculos llegan a admitir que el 3 por 100 de la población controla el 90 por 100 de la riqueza; mientras que el 10 por 100 restante ha de repartirse entre una masa inquieta, en grave miseria física y moral, del 97 por 100 del país. En Méjico, el 5 por 100 de las familias recibe el 37 por 100 de la renta nacional, mientras que un 46 por 100 sólo recibe el 14 por 100, y es el primer país que inició la revolución agraria; pero entre 1939 y 1960, el porcentaje de la renta nacional que va a beneficios, ha aumentado del 26,2 por 100 al 41,4 por 100, mientras que la participación de los sueldos y salarios baja del 30,5 al 23,8 por 100 (17).

Es obvio que si *grandes sectores* de la población iberoamericana no creen que los cambios económico-sociales no se producen en beneficio suyo, serán presa fácil de las ideologías y movimientos que se lo ofrezcan.

c) *Cambios en la estructura social.*—Los cambios demográficos y económicos han producido un gran crecimiento de las ciudades, y de los grupos típicos de la sociedad urbana e industrial.

Las grandes metrópolis, como Buenos Aires, São Paulo, México D. F.; Río de Janeiro, Montevideo, Santiago de Chile, La Habana, Caracas, etc., han

(16) La renta se distribuye con arreglo a estos niveles: República Argentina, \$ 688 *per capita*; países con más de \$ 400, Venezuela y Cuba; países con más de \$ 300, Uruguay, Panamá y Chile; más de \$ 200, Brasil, Colombia y Costa Rica; el resto, entre 100 y 200, menos Ecuador y Haití, que quedan por debajo de \$ 100 (Haití, un mínimo de \$ 62).

Compárese con \$ 2.200 en los Estados Unidos.

(17) Ver IFIGENIA M. DE NAVARRETE: *La distribución del ingreso y el desarrollo económico de México*. México, 1960.

tomado decididamente el mando económico, social y político de países antes muy descentralizados, en la vieja estructura agraria y semifeudal, México y Santiago, que sólo contenían, en 1913, el 4 por 100 de la población mejicana y chilena, absorben hoy el 13 y el 17 por 100, respectivamente.

Progresivamente, el poder social ha pasado de las oligarquías latifundistas a la alta burguesía y a la clase media urbana; que, a su vez, se han visto en conflicto con las nuevas masas proletarias. Tal es la situación clara en Argentina, Brasil, Chile, Uruguay y México, países que suponen los dos tercios del total, en extensión y en población, en contraste con Guatemala, Colombia, Ecuador, Perú, Paraguay, El Salvador y Panamá, donde subsiste mucho del orden viejo, y un cambio casi nulo en Haití, Honduras y Nicaragua.

En las grandes ciudades iberoamericanas han surgido nuevas formas de vida, mal conocidas en Europa porque gran parte de la literatura, el cine y otros documentos se han quedado en el tipismo, de gauchos, rotos y charros, siendo raras las películas que como «O grande momento» presentan la vida urbana (18).

En la mayoría de los países, la revolución urbano-industrial hace que haya hoy no una, sino dos *clases altas*, al añadirse a los grandes hacendados los grandes empresarios (un Matarazzo, un Larragoiti, un Beltrán), aparte de la gran importancia que adquiere la empresa pública y semipública, y hay también dos clases bajas, las campesinas y las proletarias. En medio se sitúan las crecientes *clases medias*, grupo relativamente subdesarrollado, pero de cuyo porvenir depende, sin duda, gran parte del desarrollo social de Iberoamérica (19).

Las clases medias americanas se pueden estimar en un 20 por 100 del total, pero con grandes desniveles, desde países en que llegan al 50 por 100 del total (Uruguay) a otros que no alcanzan el 8 por 100. Menos homogéneas que en Europa o Norteamérica, hay quien prefiere hablar de una «masa media» (20), que emerge de una disminución y cambio de carácter de la «masa baja» (21). Sus valores típicos son el personalismo (basado en la idea

(18) Hay, por supuesto, una literatura social importante, desde que M. AZUELO publica *Los de Abajo*, en 1915; J. E. RIVERA *La vorágine*, en 1924; R. GÚIRALDES *Don Segundo Sombra*, en 1926, y R. GALEGOS *Doña Bárbara*, en 1929. Desde 1930, el acento se hace netamente revolucionario, en M. A. ASTURIAS, *El Señor Presidente* y *El Papa Verde*, 1954, y sobre todo en el *Canto General*, de NERUDA, 1950.

(19) Ver la Encuesta de la Unión Panamericana, *Materiales para el estudio de la clase media en la América Latina*. Washington, 1951 (ronestipo).

(20) Siguiendo la terminología de JOHN GILLIN, *middle mass*, para distinguir estos grupos medios de una clase social propiamente dicha.

(21) Así, en Méjico se calcula que la «masa baja» era el 90,8 por 100 del total de

hispana tradicional del *respeto*), el familismo (un tanto patriarcal), un alto sentido de las jerarquías sociales, emocionalismo, fatalismo, y una notable combinación de materialismo y trascendentalismo, que a veces produce resultados sorprendentes (22). Lo cierto es que este grupo crece en los países más desarrollados (23), y que es en todos el que enseña, escribe, piensa y maneja las oficinas civiles y los mandos militares, y los medios de información.

Crean algunos que intenta mantener demasiado de los ideales del orden viejo, lo que no es realizable. Ven otros con preocupación su «frustración económica», viviendo en medio del mundo de apetencias creado por la publicidad norteamericana, mientras sus sueldos, minados por la inflación, le impiden su disfrute. En sus ideales es sierva de la clase superior, y vive en un mundo en que no son realizables: «Aspiran a los viejos valores aristocráticos de la nobleza latifundista de los siglos XVIII y XIX, pero esto es, no sólo imposible económicamente, sino fuera de toda relación con las necesidades de la América actual» (24).

Debe notarse que las clases medias americanas no sólo varían de un país a otro, sino dentro del mismo país. Así, en Colombia, Antioquía y Caldas han desarrollado una auténtica clase media económica, que es, social y políticamente, lo más desarrollado de la nación. En el resto del país hay grupos intermedios en cuanto a nivel de vida, pero que no lo son social y políticamente por estar vinculados a los valores y apellidos de la clase superior. Debe tenerse en cuenta que mientras en los países anglosajones la clase directora *no se reproduce a sí misma*, la gran fecundidad de las familias hispanoamericanas hace que de la clase superior se desciende a menudo a la clase media, lo que facilita el fenómeno indicado.

Al lado de las clases medias aparece el nuevo proletariado, o clase baja urbana (muy distinta del proletariado rural). Este ha ido organizándose progresivamente, primero en sociedades mutuas y uniones de resistencia (a me-

la población, en 1895, y el 83,08 por 100 en 1940. En la primera de las fechas, sólo el 14,2 por 100 de dicha «masa baja» vivía en las ciudades, proporción que ha subido en la segunda al 22,4 por 100.

(22) JOSÉ E. ITURRIAGA calcula que en 1895 el 1,44 por 100 podía ser definido como clase superior, y el 7,78 por 100 como clase media. (*La estructura social y cultural de México*, México, 1951.) Después de medio siglo de revolución, la actual distribución es, a juicio de HOWARD F. CLINE, la siguiente: grupos superiores, 6,5 por 100; grupos medios, 33 por 100; clases en transición (a partir de la «masa baja»), 20 por 100; grupos bajos, 40 por 100 («México: a matured Latin American Revolution, 1910-1960», en *The Annals*, cit., vol. 334, págs. 84 y sigs. Cfr. *Social Change*, cit., págs. 28 y sigs.

(23) Ver también JOHN J. JOHNSON: «The Political role of the Latin-American middle sectors», en *The Annals*, cit., vol. 334, págs. 20 y sigs.

(24) La frase citada se refiere al Brasil.

nudo, de inspiración anarco-sindicalista); después, con clara influencia marxista en ciertos sectores, mientras que aparecen organizaciones sindicales de otras orientaciones políticas, a menudo con partidos políticos *ad hoc* (25).

Hay ciertamente un «sentimiento, en todo el continente, de intranquilidad y revuelta» en estos grupos; en el que actúan de modo decidido «movimientos obreros mas o menos organizados y estables». Las dos guerras liquidaron los talleres artesanales, y han hecho surgir grandes instalaciones industriales. Todos los líderes políticos saben que quien logre canalizar esta fuerza, así como la reforma agraria, será el dueño del futuro; de aquí el gran número de intentos de crear centrales sindicales a la escala nacional e internacional. Hoy se observa una fortísima ofensiva del castrismo contra el sindicalismo interamericano (I. C. F. R. V. y O. R. I. T.), de cuyos resultados se han de deducir importantes consecuencias.

En el campo, el problema es aún más complejo. El problema del reparto de la tierra (planteado ya en Méjico, Bolivia y Cuba, con intentos en otros países) es sólo uno de los aspectos del complejo problema agrario iberoamericano. Está, por de pronto, la cuestión racial: el indio y el mestizo están atados a la tierra por su falta de preparación cultural y económica. Se calcula que quedan diez millones de indios no incorporados en modo alguno a la cultura hispanoamericana, es decir, en las afueras de las respectivas sociedades nacionales. Pero ninguna barrera de color les separa, como tampoco a los negros o negroides (estos en ningún caso forman comunidades separadas). Individualmente pueden ser acogidos en la comunidad criolla, y de hecho lo son en los países en curso de desarrollo (26). Incluso en la zona andina, experiencias como la hecha en Vicos por un equipo de la Cornell University, demuestran que el progreso puede ser rápido, poniendo los medios adecuados para ello, incluso en comunidades enteras (27).

De todos modos, el problema en la práctica es de una gran compleji-

(25) Ver R. J. ALEXANDER: *Labor movements in Latin America*, Londres, 1947, y «Labor and inter-american relations», en *The Annals*, cit., vol. 334, págs. 41 y sigs.

(26) Así, en México, en 1940, se estima que el «mundo indio» comprende el 15 por 100 de la población, el «mundo moderno» el 48 por 100, situándose en medio un «mundo de transición», con el 37 por 100.

(27) El grupo en cuestión entiende que «en contra de una opinión ampliamente sostenida en Perú y en otras partes, la población indígena de la tierra tiene un gran potencial para el desarrollo y para convertirse en una parte progresiva y dinámica de la nación peruana», y que «el problema fundamental de la sierra es, en gran parte, un problema de relaciones humanas: el de mejorar las relaciones sociales entre los mestizos y los indios, y de incorporar a ambos grupos en un modo de vida moderno» (*Social Change*, cit., pág. 97).

dad (28). Por otra parte, la experiencia boliviana, y ahora la cubana, demuestran que la emancipación de una masa campesina plantea problemas de cambio social profundísimo, y que un proceso revolucionario de esta envergadura, rara vez se puede afrontar simplemente con programas de ayuda económica y de asistencia técnica.

Por todos los lados vemos lo mismo: *desarrollo* quiere decir *cambio*, y por supuesto mayor complejidad e inestabilidad (29).

d) *Los factores morales y culturales*.—En los últimos treinta años se ha producido un cambio significativo en la posición y actitudes de la Iglesia católica en Hispanoamérica. Hacia 1930, su posición parecía más bien débil y demasiado vinculada a ciertos sectores ultraconservadores. Poco a poco se ha ido produciendo un cambio, y a parte de ciertos movimientos demócrata-cristianos (en Argentina, Brasil, Chile y Venezuela), se puede señalar un nuevo vigor en la acción colectiva del Episcopado, una nueva pujanza de las Universidades católicas y de una conciencia social cristiana (30).

Nuevas élites intelectuales aparecen, con el desarrollo de los sistemas educativos (31), que, en general, siguen siendo deficitarios (32). La Universidad

(28) Así, RICHARD N. ADAMS considera grupos básicos de la sociedad guatemalteca a los siguientes:

A) *Ladinos*:

1. Cosmopolitas.
2. Clase superior local.
3. Clase media nueva.
4. Labradores autónomos.
5. Labradores móviles.
6. Trabajadores rurales estables.
7. Obreros urbanos.

B) *Indios*, agrupados en sus comunidades ancestrales.

Ahora bien, todo *indio* puede convertirse en *ladino*, si adopta el modo de vida hispánico. El resultado es que en Guatemala el cambio es continuo y abierto, y tiende a la formación de una verdadera sociedad nacional.

Ver «Social Change in Guatemala and U. S. policy», en *Social change in Latin America*, págs. 231 y sigs.

(29) Ver GEORGE I. BLANKSTEN: «The aspiration for economic development», en *The Annals*, cit., vol. 334, págs. 54 y sigs.

(30) Ver JOHN J. KENNEDY: «Dichotomies in the Church», en *The Annals*, cit., núm. 334, págs. 54 y sigs.

(31) Ver U. N. E. S. C. O., *La situación educativa en América Latina*, París, 1960: Oficina de Educación Iberoamericana, *La educación en el plano internacional*. Madrid, 1961.

(32) Brasil en 1950 todavía tiene un 50 por 100 de analfabetos, y sólo 160.000 graduados superiores, y un millón de graduados medios.

tiene un papel preponderante en la producción de líderes, sobre todo desde la iniciación del movimiento «Reforma Universitaria», que arranca de Argentina y Chile en la segunda década del siglo XX (huelga universitaria de Córdoba, 1918) (33). La autonomía universitaria produce una constante agitación política. La Universidad se siente protagonista en los cambios como lo revela el orgulloso lema de la Universidad de México: «Por mi raza hablará el espíritu», y el de la Universidad de Antioquía: «Alma mater de la raza». El A. P. R. A. peruano fué, ante todo, un movimiento universitario, y en Cuba es decisivo, desde 1930, el peso de la Universidad de La Habana. La mayoría de los dirigentes de la revolución guatemalteca de 1944 eran hombres jóvenes (de diecinueve a treinta y siete años), mestizos, de familias más bien pobres, pero de un nivel educativo muy superior al promedio, que les hacía sentir la frustración de que el país no se incorporase plenamente al nivel normal del progreso. La célebre carta de los estudiantes chilenos al Presidente Eisenhower, en 1960, es un documento bien característico de la situación. El comunismo explota a fondo la situación en Buenos Aires, Bogotá, Venezuela, etc. (34).

Las formas de vida han acusado el impacto del ejemplo norteamericano, con una proliferación de misiones protestantes o influencias morales, como el divorcio. Este ha venido a aumentar la desorganización de la institución familiar, muy afectada en el campo por un elevado porcentaje de nacimientos ilegítimos, y en el nuevo proletariado urbano por ayuntamientos consensuales no muy estables. Todo ello tiene un gran influjo en el actual proceso revolucionario, como ha señalado el profesor Carle Zimmermann.

III. LAS NUEVAS IDEOLOGÍAS Y MOVIMIENTOS POLÍTICOS

A) Necesidad de nuevas fórmulas políticas

Correspondiendo a los *profundos cambios sociales* que acabamos de ver, se han producido grandes transformaciones en el mundo de las ideologías y movimientos políticos, y también en el de las instituciones.

La raíz esencial del cambio político es que *el poder, y los hombres o grupos que aspiran a su ejercicio*, ya no dependen de los hacendados, sino de las grandes influencias de la sociedad urbana: el capital, la masa popular y la

(33) Ver GABRIEL DEL MOZO: *La Reforma Universitaria*. La Plata, 1941.

(34) Ver JOHN P. HARRISON: «The confrontation with the political University», en *The Annals*, cit., vol. 334, págs. 74 y sigs.

fuerza organizada en fuerzas militares y policíacas. Por otra parte, el proletariado rural ha dejado de ser una masa pasiva para aparecer como un gigantesco potencial revolucionario. Finalmente, la lucha por el Presupuesto se ha convertido en una competencia por el control general de la economía, lo que explica la mayor profundidad de los movimientos políticos actuales.

Estos factores han pesado a lo largo de los últimos treinta años, en cuatro fases principales (35). De 1930 (crisis económica) a 1939 (comienzo de la segunda guerra mundial) hay una fase de intranquilidad, en la que una serie de golpes y contragolpes reflejan el final del orden viejo. De 1940 a 1947 la guerra mundial aceleró el proceso, por lo demás en direcciones diversas. De 1947 a 1957 se produjo una cierta detención del proceso de los cambios, coincidiendo con una cierta prosperidad económica. A partir de 1957 el proceso se pone otra vez en marcha, esta vez con gran violencia y con clara inserción dentro de los temas de la «guerra fría» y de la subversión comunista mundial, que busca allí nuevas oportunidades.

Los años 1943 a 1945 son decisivos para entender los movimientos iberoamericanos de hoy. La U. R. S. S. se benefició de una propaganda favorable, por razón de la guerra, y supo aprovecharla bien en los medios universitarios e intelectuales. Aparentemente, la guerra fría y Corea cortaron la situación, pero la situación social era favorable, y la detención del crecimiento económico y la inflación, unidos a ciertos errores de la política exterior norteamericana, han contribuido a la grave situación presente (36).

Por supuesto, los cambios no van todos en la misma dirección: el comunismo lo único que ha demostrado es su habilidad para sacar partido de las situaciones de cambio, intentando sacar partido de fuerzas que él mismo no crea, y una superior estrategia a la escala global. Pero aún es tiempo de reaccionar y abandonar ingenuidades que pueden ser funestas. Una cosa es claro: lo contrario del *orden viejo* es, como observa Arthur Mosher, *tener que decidirse* («Choice Making»); en esta situación, cualquier debilidad puede abrir el paso al que pretende tener la fuerza y la decisión de dar soluciones.

Los problemas y las soluciones del siglo XIX están totalmente superados en Iberoamérica, como en otras partes. Prescindiendo ahora de en qué medida hubo siempre correspondencia entre las ideas y los verdaderos motivos de la acción política (37) (problema que ciertamente no es exclusivo de Hispano-

(35) Cfr. EDWIN LIEUWEN: *Arms and Politics in Latin America*, Nueva York, 1960, páginas 59 y sigs.

(36) Ver J. F. C.: *El Comunismo en la América Hispana*, Madrid, 1961; LAUTARO SILVA: *La herida roja de América*, 2 vols. Ciudad Trujillo, 1959, y la excelente revista *Estudios sobre el Comunismo* (Santiago de Chile).

(37) Los juicios son muy diversos; algunos muy radicales, como éste: «La verdad

américa), es evidente que pugnas como las que separaron a los conservadores y liberales del siglo XIX (centralismo v. federalismo, laicismo v. clericalismo, etcétera. Las justificaciones ideológicas de entonces corresponderían a determinadas realidades. Así, el federalismo era un localismo, animado por la falta de comunicaciones, que favorecía los intereses de las oligarquías locales, las cuales supieron aprovechar en su favor las fórmulas norteamericanas. Las comunicaciones han ido minando sus bases desde primeros de siglo, con cuya ayuda Gómez se pudo proclamar «Jefe Unico» en Venezuela, significando el «unicato» el fin progresivo de los caciques locales.

Por otra parte, en el viejo orden social la democracia era una «democracia ateniense», reducida a los grupos privilegiados, en propiedad y en educación. A partir de cierto momento, el sistema se ha de aplicar a las nuevas masas; entonces el sistema se quiebra (y se recubre a la dictadura), o se transforma, y si no se encuentran cauces adecuados, aparece lo que en Colombia se llama «la violencia» (38).

A finales del siglo pasado comienza la aparición de movimientos de clase media, que iniciaron el ensanchamiento de la base política. Tal fué el caso del partido *radical* argentino, del *alessandrismo* en Chile, de los *colorados batllistas* en el Uruguay. En muchos casos, su acceso al poder fué lento, de modo que cuando lo lograron (como Irigoyen en la Argentina) ya las posiciones iniciales resultaban defasadas: por otra parte, las viejas oligarquías han revelado una gran habilidad para dominar a estos movimientos intermedios. Lo cierto es que la vieja «democracia gobernada» está siendo superada en todas partes, y que ahora se impone el líder de masas, como ya lo fueron Batlle, Irigoyen, Alessandri y Cárdenas, y que, por lo demás, puede encarnar en profesores como Velasco Ibarra, Paz Estensoro y Frondizi; en militares como Perón y Arbenz y en hombres tan difíciles de clasificar como Janio Quadros o Fidel Castro. La vida y la muerte de un político como el colombiano Gaitán son sintomáticas de este nuevo peso *de la masa*, y sus líderes

desnuda y sin velos es que Colombia ha tenido su anarquía por la misma razón que la ha causado en otros países hispanoamericanos: la lucha de los partidos, aunque enmascarada por una pátina de idealismo, ha tenido por fin la captura, control y disfrute del Presupuesto, de las Adenas y de la Administración que dispone de los fondos y favores» (VERNON LEE FLUHERTY: *Dance of the Millions. Military rule and the social revolution in Colombia, 1930-1956*, University of Pittsburgh Press, 1957; pág. 220).

La tesis contraria (idealismo incapaz de todo compromiso) ha sido sostenida por CECIL JANE: *Liberty and Despotism in Spanish America*, Oxford, 1929.

(38) La «guerra de los mil días» (1899-1903) costó más de 100.000 vidas a Colombia, cifra que ha sido ampliamente superada en el nuevo período de violencia que se abre en 1948.

específicos; hasta él, la democracia en Colombia había sido cosa de oradores e intelectuales, en «la Atenas de Sudamérica» (39).

• Los viejos partidos, con sus cuadros oligárquicos acostumbrados a monopolizar el poder, han tratado de resistir a las fuerzas nuevas, a través de notables arreglos de «coparticipación» y refinados arreglos electorales, como se ha visto en Uruguay y en Colombia. Pero los graves problemas a los que tienen que hacer frente las nuevas sociedades, hacen cada vez más precaria la situación de los que eludan la *revolución social* pendiente, y no encuentren un cauce de adecuada *representación de las masas*. Revoluciones atrasadas se suman, como vimos, a las de hoy, en una sociedad esencialmente inestable, y que ya no confía en soluciones meramente técnicas o económicas, sino que aspira a un rápido cambio social y político.

A estas nuevas exigencias han de corresponder nuevas leyes e instituciones. Más ahora se trata de saber sobre qué base será posible apoyarse para lograrlo.

B) *El recurso al hombre fuerte y al Ejército*

Una solución tradicional en la política hispanoamericana es el *recurso al hombre fuerte y al arbitraje militar*. Desde que Bolívar planteó el tema, en la Constitución boliviana, ahí está abierta una gran polémica, que llega hasta nuestros días, a través de los escritos de Machado Hernández, de García Calderón, de Vallenilla Lanz, de Belaúnde, de Cabrales, etc.

Un hecho es cierto: el Ejecutivo, en la América Hispana, es (como observa José Carrasco) «poder de poderes», la «única institución sólidamente organizada, la única que tiene toda la fuerza necesaria para desenvolverse dentro y fuera de sus atribuciones, la única que impera, la que absorbe todas las energías, la que representa la Nación y gobierna activa y soberanamente». La tradición monárquica española encarnó en los generales liberadores, herederos directos de los virreyes y capitanes generales (40). El Presidente de Venezuela, general Sonblette, decía que sus paisanos «no acababan de convencerse que el Presidente de la República no era un capitán general». Lo cierto es que toda

(39) Ver FÉLIX RESTREPO: *Colombia en la encrucijada*, Bogotá, 1951; ANTONIO GARCÍA: *Gaitán y el problema de la revolución colombiana*, Bogotá, 1955; M. FERNÁNDEZ DE SOTO: *Una revolución en Colombia*, Madrid, 1951.

(40) «La América española recogió esa herencia dramática, constituyendo sus ejecutivos el punto neurálgico de sus instituciones republicanas, talón de Aquiles de la democracia, verdadero instrumento de progreso o de regresión, del que dependió a menudo la suerte y el destino de las nacionalidades» (ALBERTO DEMICHELÍ: *El poder ejecutivo. Génesis y transformaciones*. Buenos Aires, 1950; págs. 1-2).

América (41), pero sobre todo Hispanoamérica, es el área de los Presidentes que gobiernan»; que André Liegfried contraponía a los «Presidente que presiden» europeos, y que si Europa ha sido el campo político del parlamentarismo, América, como dice Velasco Ibarra, lo ha sido del presidencialismo. La institución del Presidente fuerte, escribe J. Pareja Paz-Soldán, «se alimenta en nuestros países de una fortísima tradición y en hábitos populares incoercibles». Villarán concluye que «no podemos imaginar la abolición del régimen presidencial sino como resultado de un cambio de cosas profundo».

La Presidencia hispanoamericana es fuerte, en primer lugar, por la *amplitud de las facultades* (42). Es fuerte por la debilidad de cuanto la rodea, y no sólo se refiere esto a las otras ramas del Gobierno (Congreso, Tribunales), sino a los mismos órganos del Ejecutivo: Vicepresidencia, ministros, burocracia, etcétera. Es fuerte porque la *persona* se apoya directamente en la opinión, reemplaza a la estructura de los partidos, y actúa en liderazgo directo e incondicionado. Es fuerte, sobre todo, porque propende al ejercicio del poder en períodos muy largos (43).

Pero, en la práctica, no ha bastado con el *Gobierno presidencial fuerte*. Hombres como Gómez, en Venezuela; Somoza, en Nicaragua, o Trujillo, en la República Dominicana, no pueden ser medidos ni explicados simplemente dentro de la teoría presidencialista, pues no sólo ejercieron un poder monárquico compatible con la presencia de otras personas en la Jefatura del Estado, sino que en algunos casos han logrado la permanencia en el poder de sus

(41) SEWARD decía, hablando de Estados Unidos: «Elegimos un Rey por cuatro años, y le damos un poder absoluto dentro de ciertos límites, que después de todo él puede interpretar». Ver EDWARD S. CORNIN: *The President office and powers*, 2.^a ed., 1941.

(42) «Las facultades de que disfruta el Presidente de la República en Colombia no tienen, en efecto, paralelo en ninguna Constitución democrática del mundo. En realidad, funciona en nuestro país una dictadura fundada en la ley» (CARLOS LOZANO).

Ver EMILE GIRARD: *Le Pouvoir exécutif dans les démocraties d'Europe et d'Amérique*. París, 1938.

(43) El profesor FITZGIBBON ha acuñado la expresión *continuumismo* para designar «la práctica de continuar el Gobierno en el poder, en un país hispanoamericano, por medio de una enmienda constitucional, exceptuando al Presidente en ejercicio, y tal vez a otros magistrados electivos, de la histórica y corriente prohibición contra los mandatos consecutivos» (ver RUSSEL H. FITZGIBBON: «Continuumismo in Central America and the Caribbean», en A. N. CHRISTENSEN (y otros), *The Evolution of Latin American Government*, Nueva York, 1951; págs. 429 y sigs.). Nicaragua reformó su Constitución el 23 de marzo de 1939, para ampliar el mandato presidencial en ocho años; Honduras, el 16 de diciembre de 1939, prolongó el suyo hasta el 1.º de enero de 1949; Argentina reformó su venerable Código fundamental en 1949, para permitir la reelección de Perón, y lo mismo ocurrió en Cuba en 1928; en la República Dominicana, en 1927; en Haití, en 1935; en Guatemala, en 1935, etc.

familiares, después de su muerte. Ello revela que las realidades políticas y las formas constitucionales van, a menudo, por sitios muy diferentes (44).

Desde la Independencia ha habido en Iberoamérica «caudillos» y dictadores. No se entiende la Historia de Venezuela sin Páez, Castro y Gómez; ni la de Méjico sin Santana y Porfirio Díaz; ni la de Argentina sin Rosas y Perón; ni la del Brasil sin Getulio Vargas. En los comienzos, «la dictadura era inevitable, incluso necesaria» (45), como ya señaló Bolívar, por razones militares y de reconstrucción. Lo fué después por la complejidad racial de las nuevas sociedades y la ruptura del viejo equilibrio (46). La revolución económico-social de hoy hace reaparecer de nuevo al dictador en su función típica, desde la Antigüedad, de tender el puente entre el orden viejo y el orden nuevo.

Así planteadas las cosas, se comprende la importancia política que desde

(44) FERNANDO GUILLÉN MARTÍNEZ dice que las Constituciones de Colombia no han tomado como *modelo* la sociedad colombiana, por lo que son «retratos» de carácter provisional, y que no se parecen entre sí («Retratos provisionales», artículo en *Semana*, de Bogotá, el 28 de febrero de 1953).

(45) Los dictadores fueron la expresión de la Revolución hispanoamericana, como Cromwell y Napoleón acabaron por serlo de las de Inglaterra y Francia, «la dictadura representaba el triunfo de la experiencia sobre la teoría» (ver R. A. HUMPHREYS: «Democracy and Dictatorship», en *The Evolution of Latin American Government*, cit., páginas 317 y sigs.).

Ver también JACQUES BAINVILLE: *Lés Dictateurs*. París, 1935, y G. HALLGARTEN: *Histoires des Dictatures*. París, 1961.

(46) «Siempre ha habido dictadores en las Repúblicas hispanoamericanas. Fueron inevitables durante el siglo del mestizo, la era del caos que no se ha cerrado aún. Las colonias regidas por un Rey Teocrático se vuelven Repúblicas de pronto. Y no tienen ninguna de las condiciones del régimen republicano y ningún mecanismo para crear estas condiciones. No hay armonía entre los elementos de esas Repúblicas: razas, tradición, economía, estado legal, lenguaje. No hay accesibilidad entre ellas; la educación es muy escasa y no basta para fomentar la opinión pública... Sin embargo, estos cuerpos políticos, parte españoles, parte indios y parte mestizos, suspiran por la unidad. Y sólo un dictador puede engendrarla» (WALDO FRANK: *América Hispana. Un retrato y una perspectiva*. Buenos Aires, 1950. pág. 153).

Semejante es la tesis del «dictador necesario» (GARCÍA CALDERÓN), o del «gendarme necesario», con que justificaron en Venezuela el gomerismo PEDRO M. ARCAVA y LAUREANO VALLENILLA LANZ. Este último, cuyo libro *Cesarismo democrático*, consideraba RAMÓN DE BASTERRA como el equivalente americano del *Príncipe*, de MAQUIAVELO, habla «del «gendarme electivo o hereditario, de ojo de avizor, de mano dura, que por las vías de hecho inspira temor y por el temor mantiene la paz».

Recordemos que TOMÁS CARLYLE, escribiendo en 1893 su biografía del famoso dictador paraguayo José Gaspar Rodríguez de Francia, dice: «Gobernar es dura tarea en todas partes, pero en Sudamérica es de una rudeza completamente primitiva. Ver. J. A. COVA: *Solano López y la epopeya del Paraguay*, 4.^a ed., Madrid, 1960.

el primer momento han tenido las fuerzas armadas en la región iberoamericana. Es éste un problema que debe ser realizado, como todos, de modo realista y desapasionado (47).

Es indudable que las fuerzas armadas han tenido una influencia muy grande en las sociedades hispanoamericanas, y que, después de decidir la Independencia, mantuvieron su predominio político a lo largo del siglo XIX. Ello se basó no sólo en la importancia de la fuerza en sociedades poco estabilizadas, sino en que, en las enormes extensiones de aquellos países, son un instrumento normal de acción del Estado. El Ejército es el que ha explorado y abierto comunicaciones en el interior del Brasil y del Perú; el que ha pacificado el sur argentino y chileno; el que ha asumido importantes tareas económicas, sociales y educativas en Méjico y en Cuba, etc. Fué el árbitro normal de las crisis políticas; en Argentina en 1955 y en Colombia en 1950, como la fuerza social más organizada e independiente.

Hasta 1880, las fuerzas militares eran una producción natural de una sociedad semifeudal; la vida agrícola y ganadera producía un mezcla de caudillos y generales, cuyo prototipo se da en las luchas gauchas y mejicanas. A partir de 1880 se inicia la *profesionalización* de los Ejércitos hispanoamericanos, necesaria por razones tecnológicas (mayor complejidad de los armamentos) y político-sociales (predominio de la ciudad sobre el campo). Misiones alemanas y francesas, más tarde españolas y norteamericanas, ayudarán a crear los nuevos cuadros de la oficialidad militar, y de unidades de orden público, como la Guardia civil, la Guardia nacional, etc.

La primera fué la misión alemana que, presidida por el general Emil Koerner, llegó a Chile en 1885, creándose en 1890 la Academia y el Estado Mayor. En 1899, otra misión alemana va a la Argentina. Misiones francesas son recibidas por Brasil, Ecuador, Perú y Guatemala. Estados Unidos comenzó enviándoles a Centroamérica y el Caribe, a partir de 1906, para terminar haciéndolo a la mayoría de los países. Chile, a su vez, envía misiones militares a los países hermanos, a partir de 1905 (Colombia, Venezuela, Paraguay, El Salvador), siendo también grande la influencia de la Academia Peruana de Chorrillos.

La profesionalización del militar ha sido, indudablemente, un poderoso factor de *estabilización política*, interior y exterior. La guerra civil y la internacional se han hecho menos frecuentes. Ahora bien, ello no disminuyó la in-

(47) Ver EDWIN LIEUWEN: *Arms and Politics in Latin America*, Nueva York, 1960; JOSÉ CAVERO BENDZÚ: *El Ejército en las democracias hispanoamericanas*, Chorrillos, 1944; JESÚS SILVA HERZOG: «Las Juntas Militares de Gobierno», en *Cuadernos Americanos*, 1949; T. WYCKOFF: «Tres modalidades del militarismo latinoamericano», en *Combate*, números 12 (1960) y 14 (1961).

fluencia política de los militares, sino que la hizo tomar otras formas. Lo cierto es que el cambio político en América sigue muy vinculado a los *pronunciamientos* militares, que, por otra parte, pueden ser de signo muy diverso, incluso tratándose de las mismas personas. Así, los dos cambios decisivos de la historia política de Cuba se producen en 1933, cuando el sargento-taquígrafo Batista derrota a los oficiales de Machado, y en 1959, cuando el Ejército revolucionario de Fidel Castro le derrota a él.

Un criterio esencial para calibrar una revolución hispanoamericana es ver qué fuerzas apoyan el movimiento, y en particular si éste produce una crisis, interna en las fuerzas armadas, luchando Marina contra Ejército, o bien oficiales contra generales, etc. Tal fué el caso en Chile (1925), Brasil (1930), Argentina (1943) y Venezuela (1945); pero no en Argentina (1930), Bolivia (1943) y Perú (1948). No ha sido normal el caso ruso de 1917, de que los soldados fraternicen con el pueblo, pues hasta ahora el profesionalismo y el aislamiento en bases y cuarteles han jugado eficazmente; pero cuando el Ejército, último defensor del orden social, ha sido vencido por la revolución, la profundidad de ésta ha sido mucho mayor, como ocurrió en Méjico en 1914, en Bolivia en 1952, y en Cuba en 1959. Por otra parte, la pequeñez de los efectivos militares ha hecho que pocas veces el ritmo revolucionario desemboque en una guerra civil, como ocurrió en Méjico y ahora en Colombia.

En líneas generales, el Ejército es punto de unidad nacional, y lo es también de progreso. En Bolivia fué la guerra del Chaco la que transformó la sociedad boliviana al convivir en el Ejército, por primera vez, blancos, mestizos e indios. El militar hispanoamericano de los últimos tiempos ha sido consciente y eficiente, en materia de desarrollo económico-social, y en particular en materia de industrialización. Y en materia política, han sido juntas militares, unidas a la jerarquía católica, las que han salvado recientemente crisis difíciles en Argentina, Colombia y Venezuela. Si en 1954 había en Hispanoamérica trece Presidentes militares, mientras que en 1959 sólo quedaban cuatro, el Ejército seguía siendo el centro de gravedad del orden institucional, la garantía de la Constitución y el motor de la recuperación nacional, como dijo en su sonado discurso del 15 de mayo de 1960 el general argentino Carlos Severo Toranzo Montero.

La situación, desde luego, varía mucho de unos países a otros. Lieuwen (48) distingue un primer grupo, en el cual los países tienen su política dominada por el Ejército. Se trata de países como la República Dominicana, Nicaragua, Paraguay, El Salvador, Honduras, Haití y Panamá, de pequeña extensión, clima tropical, economía primitiva, alto porcentaje de analfabetismo y pobla-

(48) *Arms and Politics*, cit., págs. 158 y sigs.

ción heterogénea (49). En estos países el Ejército ejerce una función policial a la que supedita unas pequeñas fuerzas navales y aéreas; el servicio militar ofrece a sus miembros positivas ventajas. Los oficiales se politizan hacia la mitad de su carrera (mayor o teniente coronel), y la vida política conoce la frecuente aparición de una Junta Militar, que desemboca en la presentación de un candidato único, en el «continuismo», etc.

El grupo segundo de Lieuwen comprende a *países en transición*, como Cuba, Guatemala, Venezuela, Perú, Ecuador, Argentina y Brasil (50). Son los países más importantes, en extensión, población y recursos; pero están en la crisis del desarrollo, y el Ejército a ratos empuja, a ratos frena, la revolución político-social. Aquí nos encontramos, dice Wyckoff, con sistemas sociales complejos y superpuestos; con un sistema económico diversificado; con un pluralismo de partidos y facciones políticos. En estos casos, el Ejército no puede controlar por sí solo a la nación, por lo que se ha de contar con una fuerte organización civil, muy distinta claro es la de Getulio Vargas que el justicialismo peronista y ambos del P. R. I. mejicano o del castrismo (51).

El tercer grupo comprende los países en que el Ejército ha llegado a ser *apolítico*. Lieuwen incluye aquí a Colombia, Chile, Méjico, Bolivia, Uruguay y Costa Rica. Wyckoff habla de los países en los que *nunca* el Ejército juega un papel político importante, y reduce la lista a Costa Rica y Uruguay (52).

(49) THEODORO WYCKOFF habla de países en los que *el militarismo juega siempre un papel importante*, y cita los mismos, excepto El Salvador. Sobre este último país ver JOSÉ MARÍA LEMUS: *Pueblo, Ejército y doctrina revolucionaria*, San Salvador, 1952. Les atribuye notas análogas: son países pequeños, aislados, de organización social simple y muy estratificada; con analfabetismo, subdesarrollo económico, predominio del latifundio y el monocultivo, escasez de capitales; odio social, tendencia actual a la politización de las clases inferiores, inestabilidad política, régimen policial; oposición ilegal y perseguida, grupos activistas clandestinos, Universidad agitada. Las fuerzas militares son relativamente grandes, porque en realidad cumplen una función de gendarmería. Ver «Tres modalidades del militarismo latino-americano», en *Combate*, núm. 12 (1960), páginas 7 y sigs.

(50) WYCKOFF habla aquí de los países en que *el militarismo se interfiere ocasionalmente en la vida política* (Ver la continuación del artículo citado, en *Combate*, núm. 14, 1961; págs. 15 y sigs.). Se incluye aquí, además, El Salvador, Méjico, Colombia e incluso Chile.

(51) El caso de Méjico es muy peculiar. El viejo militarismo de la guerra civil parece superado; en 1946, en 1952 y en 1958, el P. R. I. enfrentó con éxito candidatos civiles a los viejos generales. El Ejército ha vuelto a sus funciones constitucionales, de la defensa exterior y el mantenimiento del orden público. Se mantiene alrededor de 50.000 hombres: es decir, tiende a reducirse en una sociedad en que todo lo demás crece, incluso el Presupuesto.

(52) LIEUWEN, por su parte, distingue el caso de Colombia y Chile, en los que un

pequeño número de oficiales profesionales frenan el choque político; del de Méjico, Describe a éstos como países muy pequeños, de gobierno sencillo, de relativa homogeneidad social, de sistema económico flexible, con bastante movilidad social, mucha alfabetización y gran apego a un sistema constitucional (más o menos efectivo). En ambos casos, esta situación es relativamente reciente, lo que demuestra que el progreso puede producirse también en otros (53).

C) La búsqueda de nuevas estructuras institucionales

El desvío frecuente entre las ideas políticas y la realidad social se ha hecho tan grande en Iberoamérica, que ninguna duda puede ofrecer que la inmensa mayoría busca fórmulas nuevas.

Si los liberales tradicionales se preocupan (54), si los conservadores exigen la revisión de los formalismos constitucionales (55), si nuevas ideologías, sobre todo marxistas se lanzan a la conquista de lo que creen ser un vacío político, un hecho es indudable: *las ideas constitucionales decimonónicas se encuentran superadas en todas partes.*

Agustín Alvarez escribe: «La libertad no resuelve los problemas de la sociedad, los plantea solamente. La verdad del sufragio no puede hacer ricos a los hombres, ni siquiera consolarlos como la religión. El historiador Jorge Basadre dice: «El fenómeno de más interés en toda América Latina en los últimos tiempos, desde 1918 más o menos, es el desencanto gradual ante esa ideología, es decir, ante las fórmulas y métodos liberales de gobierno, hecho que coincide con el crecimiento de las clases medias, con el nacimiento y la

pequeño número de oficiales profesionales frenan el choque político; del de Méjico, Bolivia, Uruguay y Costa Rica, en los que se ha logrado un mayor grado de integración nacional.

(53) Como observa el citado T. WYCKOFF, el *militarismo* en Iberoamérica, «lejos de aludir exclusivamente a las fuerzas armadas», designa «un estado particular de conciencia política», y también «la política misma que orienta a los individuos que actúan en el seno de las fuerzas armadas».

(54) VÍCTOR F. GOYTIA habla de «las nuevas modalidades que se incorporan sin previa licencia a la gestión política»; de «síntomas alarmantes de desintegración doctrinal», y del peligro de «la aurora sangrienta de algún despotismo planificado» (*El Liberalismo y la Constitución*, Panamá, 1945; págs. V y VIII).

(55) Escribe JULIO YCAZA TIJERINO que «si la dictadura ha existido y subsistido en los más largos períodos de nuestra historia, quiere decir que obedece a una exigencia histórico-social que encuentra su satisfacción por este medio inconveniente y anómalo», y concluye que «la realización de... Hispanoamérica en la Historia y el cumplimiento de su destino universal exigen un cambio fundamental de las formas de vida política» («El problema político de Hispanoamérica», en *REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS*, vol. XXXIII, 1950, págs. 151 y sigs.).

proliferación de un proletariado industrial y, en algunos países, de una masa juvenil nueva» (56).

En este sentido, ha habido algunos hechos importantes. Frente a la idea de ciertos estudiosos norteamericanos, que creían que la elevación del nivel de vida y del volumen de las clases medias, resolverían por sí solos lo que consideraban una «patología de la democracia», se ha visto que Hispanoamérica sigue su propia ruta en la evolución política. Así Argentina, el país más rico, próspero y educado, no ha sido políticamente el más estable, como lo revelan los cambios violentos de 1930, 1943 y 1955 (57). Los observadores citados se han encontrado con que, en 1958, el Ejército se retira de buena fe del ejercicio del poder, a pesar de que el candidato electo no es el patrocinado por los generales; pero a continuación el Presidente Frondizi, jefe de un Gobierno «razonable», «constitucional» y «cooperador» (en el sentido del interamericanismo) sólo ha podido sostenerse gracias al apoyo de las propias fuerzas armadas.

Se entra, pues, en una *etapa nueva* (58). Los elementos más importantes a tener en cuenta parecen ser los siguientes:

a) Un nuevo *nacionalismo* (59), que (de modo semejante al que hoy se manifiesta en otros continentes) no es un nacionalismo de élites, sino de ma-

(56) Prólogo a TÁVARA: *Historia de los Partidos*, pág. LXIX-LXX. BASADRE entiende que ello es perfectamente compatible con la supervivencia del *liberalismo como tradición*, en el sentido de C. DAWSON.

(57) Ver ARTHUR P. WHITAKER: «The Argentina paradox», en *The Annals*, cit., páginas 103 y sigs. La Argentina, en 1930, ya sólo tenía un 15 por 100 de analfabetos; en 1940, la mitad de su población podría considerarse como de clase media.

(58) «Las Repúblicas marchan ahora hacia la etapa de su madurez política. Síntomas visibles, acentuados por una fisonomía propia, denotan la aparición y existencia de modalidades políticas que, sin estar libres por completo de influencias exteriores se manifiestan con caracteres neta, peculiar e intransferiblemente americanos» (ARTURO VILELA: *Interpretación de la Historia sudamericana. El fenómeno político-cultural*, La Paz, 1953; página 135). A juicio de este autor «la herencia política y cultural dejada por el régimen colonial español está siendo sustancialmente transformada por las peculiares condiciones del desenvolvimiento social y económico que privan en cada uno de los países sudamericanos»: se observa el «afán de dar vida y desarrollo a formas político-sociales que traducen un sentido nacionalista enteramente nuevo», al servicio de una cultura y una política típicamente latino americana, o por mejor decir, indoamericanas». Las instituciones públicas «muestran un carácter realista y se adaptan cada vez más a las condiciones económicas y las necesidades sociales de cada República». Las «nuevas doctrinas políticas dominantes en los pueblos sudamericanos han dejado de inspirarse en los principios del liberalismo tradicional y decadente; adoptan la democracia, pero completándola, en buena parte, con formas de expresión socialista» (VILELA, op. cit., págs. 191-192).

(59) Ver «Latin America's nationalistic revolutions», en *The Annals*, cit., vol. 334 (marzo de 1961), y en particular: K. H. SILVERT: *Nationalism in Latin America*, págs. 1 y siguientes.

sas, con gran influencia de ideologías violentas, y de las actuales posibilidades de los *mass communications*. Es a menudo un fenómeno intermedio entre el nacionalismo de De Gaulle y el de Lumumba, lo que explica su complejidad (60).

b) Un sentido claro de la *reforma económico-social* más allá de las cuestiones constitucionales del liberalismo. Hoy se reconoce en América (y empiezan a comprender los vecinos del Norte) (61) que no es posible la *estabilidad* política de la producción; sentido de participación personal en la creación de la nueva riqueza; convicción pública de que será convenientemente distribuida. Ello lleva al deseo de «una *democracia económica*» que puede no ser socialista, pero supone «por lo menos un cuerpo de instituciones favorables al bienestar colectivo» (62). El peruano Mac Lean habla del fin de la democracia política y el advenimiento de la «democracia social y económica», es decir, de «*democracias funcionales*», en las que «tal vez pueda encontrarse la superación de la actual encrucijada que angustia a la humanidad» (63).

c) La *crisis de los partidos* tradicionales. Lo ocurrido en Colombia, a partir de 1948, cuando parecía que el país iba hacia la plena normalidad, es una clara demostración de la imposibilidad de enfrentarse a los problemas del siglo XX en Hispanoamérica, con las formas constitucionales y los partidos decimonónicos (64). Los viejos partidos se desmenuzan en facciones, lo que

(60) «La peculiaridad del nacionalismo en Latinoamérica es que en ninguna parte, incluso en los países más adelantados, ha habido una firme e irrevocable decisión de renuncia al tradicionalismo, y aun universalismo simplista, renuncia que es, en sí misma, el precio del desarrollo social.

Al latinoamericano se le pide que salte de la lealtad a la familia y al grupo pequeño, hasta identificaciones trascendentales: no reconoce el funcionalismo de un nivel intermedio de lealtad a una comunidad interpersonal, y hace así difícil el establecimiento de los únicos procesos que pueden dar las cosas materiales que reclama. Le guste o no, hay un precio metafísico que pagar por el modernismo» (*Nationalism in Latin America*, cit., página 9).

(61) Ver CHESTER BOWLES: «A new approach to Foreign aid», en *Bulletin of the atomic scientists*, febrero de 1957.

(62) A. VILELA: *Interpretación de la Historia sudamericana*, cit., pág. 205. El autor añade: «Esta etapa del progreso se concreta en un sólo concepto: seguridad económica para el individuo y la sociedad.»

(63) Don ADOLFO POSADA, en su agudo libro sobre la República Argentina, dice que quizá «no hay naciones más adecuadas que las hispanoamericanas para realizar, no ya pequeños ensayos de sociedades colectivistas y comunistas, sino el ensayo general de una sociedad socialista que persiga la aplicación de un pleno colectivismo agrario e industrial» (pág. 316).

(64) Ver VERNON C. FLUHERTY: *Dance of the Millions* cit.: EDUARDO CABALLERO CALDERÓN: *Problemas colombianos, de 1863 a 1945*, Bogotá, 1945; JORGE ELIECER GAITÁN: *Las ideas socialistas en Colombia*, Bogotá, 1924.

revela la falta de consenso nacional sobre los problemas básicos, siendo así que la democracia sólo es posible a partir de un acuerdo general sobre los «principios básicos» y los «problemas fundamentales». Hasta 1930, en la República Argentina se turnaban, sin grandes choques, conservadores y radicales. En las elecciones de 1960 se enfrentaron doce partidos, de los cuales los tres mayores no llegaron a reunir el 70 por 100 de los votos; en particular, el partido del Presidente no llegó al 21 por 100. Todo indica un cierto descrédito de los «políticos profesionales», a los cuales quería el profesor Mac Lean expulsar de su «democracia funcional», de «la misma manera que Platón eliminó a los poetas en su República ideal».

En lugar de los viejos partidos, aparecen otros, de base social (65). Temas como la nacionalización de los recursos naturales (petróleo), la industrialización, el indigenismo, la reforma agraria, etc., informan sus programas. Más que el superado radicalismo, o los partidos socialistas o comunistas (de inspiración europea), interesan grupos típicamente americanos, «con diferentes apelaciones y programas», pero todos «más bien orientados hacia las clases trabajadoras, los campesinos, la clase media industrial y los intelectuales». Alexander llama *apristas* a estos partidos, por entender que el A. P. R. A. del Perú es su prototipo, y el más antiguo, pues, aunque como tal partido no se constituye hasta 1931, sus orígenes se remontan a la primera guerra mundial. En situación semejante está el P. R. I. mejicano, con su gran mito agrario, el *ejido*, mezcla de reforma agraria y de cooperativismo; el Partido Revolucionario Cubano («Auténtico»), desde 1930, hoy, por supuesto, superado por el castrismo; el Partido de Acción Democrática, de Venezuela, cuyos orígenes se remontan a 1937, que logró gobernar de 1945 a 1948, y ha vuelto actualmente al poder; el Partido Social Demócrata de Costa Rica, o «figuerismo»; el Partido Febrerista, de Paraguay (1940); el Mouvement Ouvrier et Paysan, de Haití (1946), etc. Estos grupos surgen ante problemas y coyunturas similares, y si ninguno (salvo tal vez el propio A. P. R. A.) intenta presentar una filosofía o ideología propiamente dicha, tienen todos programas similares, en la dirección antes apuntada (nacionalismo económico, reforma agraria, industrialización más o menos socializada, alfabetización en masa, seguridad social, etc.).

d) Se observa en muchos de estos movimientos la tendencia (a lo menos,

(65) Ver ROBERT J. ALEXANDER: *Labour movements in Latin America*, Londres, 1947; el mismo, «The Latin American Aprista parties», en *The Political Quarterly*, julio-septiembre de 1949 (vol. 20, núm. 3); JOSÉ LUIS RUBIO CORDÓN: «La rectificación corporativa y sindical de la democracia en Iberoamérica», en *Cuadernos del Centro de Estudios Sindicales*, núm. 13; Madrid, 1960; págs. 191 sigs.

en la práctica) al *partido único*. Así ocurrió con el peronismo en Argentina, con el P. R. I. mejicano, por supuesto con el castrismo, etc.

e) Las reformas constitucionales recientes han ido absorbiendo de modo creciente muchas de estas tendencias. Se han constitucionalizado los derechos sociales y no pocos principios de política económica; se han incluido declaraciones ruralistas y agraristas, con marcado sabor indigenista; a la vez que se ha despertado en los intérpretes un profundo sentido de la originalidad política iberoamericana (66).

f) Por supuesto, todos los cambios interiores repercuten en lo exterior, y más específicamente en el *conjunto del sistema interamericano*. Hoy, en todas partes, las cuestiones interiores (*desarrollo social*) son básicas para determinar la política exterior. Los acontecimientos de Cuba, como los de Corea, Egipto, Israel, etc., demuestran que es en éstas áreas-límite donde hoy se decide el equilibrio internacional, en lugares en los que el cambio social da lugar a la posibilidad de maniobra exterior. Occidente y concretamente en el área iberoamericana Estados Unidos, necesita una *política dinámica del cambio social*. Los esquemas actuales de ayuda económica y asistencia técnica son no sólo insuficientes en su volumen, sino funcionalmente mal calculados. Se crean instituciones caras, que consumen ellas mismas gran parte del dinero disponible; se envía fuera un personal a especializarse, que luego tal vez no regresa, etc. Urgen programas realistas y de gran alcance (67).

La conclusión es que Iberoamérica busca su camino, y ha de buscarlo en medio de grandes tensiones y dificultades. Ha de encontrarlo (68), y pronto, si ha de salvarse la cultura occidental (69).

MANUEL FRAGA IRIBARNE

(66) LÓPEZ DE MESA dice que «sólo en los últimos años se esboza en nuestra América Latina un pensamiento autónomo, no un sistema aún, en las tentativas de sus ensayistas, en la índole terrígena de sus noveladores, en la sensibilidad de sus poetas, en algunas novedades de su Derecho internacional, y en un no sé qué tumultuoso que bulle en todas las labores de su espíritu» (*Disertación sociológica*, pág. 313).

(67) Ver J. FRED RIPPY: *Globe and Hemisphere Latin America's place in the postwar Foreign Relations of the United State*, Chicago, 1958.

(68) Este camino debe ser el que convenga y sea posible. Oigamos a LORD BRYCE: «Desde 1899, el poder ha pasado en muchos países de las manos de los pocos a las manos de los muchos, pero ningún milenio de virtud y de paz se ha seguido: todo hombre consciente presiente que los problemas del Gobierno son mucho más difíciles de lo que creían nuestros abuelos.» Y añade: «Siendo así ¿no debería ser menos severo nuestro juicio sobre los hispanoamericanos? Sus dificultades fueron mayores que las soportadas por ningún pueblo de Europa, y no hay razón para desconfiar de su futuro.»

(69) En esto son fieles los mejores espíritus. El peruano CARLOS PAREJA escribía, poco

R É S U M É

Le XX^{ème} siècle et son importante série de secousses en chaîne ont affecté aussi bien l'Amérique Latine que les autres régions du planète. Un siècle après leur Indépendance, les pays d'Amérique Latine étaient, en général, des pays de structure sociale conservatrice et en contraste avec le caractère libéral et souvent radical des textes constitutionnaux. L'Indépendance s'était produite sous l'influence des idées rationalistes du XVIII^{ème} siècle et sous l'impact immédiat des révolutions américaine et française, mais la réalité sociale et la violence des guerres créèrent des conditions réelles très différentes. Les types sociaux, les communications, le système économique et financier, etcetera, influencèrent le progrès plus ou moins grand, l'instabilité politique, la recherche de formules juridiques nouvelles.

Mais pendant ce XX^{ème} siècle il est en train de se produire ce que nous pourrions appeler la seconde révolution de l'Amérique Latine. De 1910 à 1960 l'évolution sociale a été beaucoup plus rapide ce qui a produit un changement politique également profond et rapide qui affecte les idées constitutionnelles, la force des partis et des groupes de pression, le type des classes dirigeantes, la force politique des masses. Les facteurs principaux de cette nouvelle révolution sont: l'écroulement de l'ordre traditionnel, l'accroissement démographique, l'apparition de nouveaux groupes sociaux, la transformation économique et l'entrée de capitaux étrangers, et l'énorme accroissement des moyens de diffusion collective et des communications.

Parallèlement à ces changements sociaux de grandes transformations idéologiques, politiques et dans les institutions se sont produites. La raison essentielle du changement politique est que le pouvoir et les hommes qui veulent l'exercer ne dépendent plus de quelques uns mais des grandes influences de la société urbaine: capitale, masse populaire et force organisée. D'un autre côté le prolétariat rural n'est plus une masse passive et il est devenu une gigantesque puissance révolutionnaire. Finalement la lutte pour le Budget est devenue une compétition pour le contrôle général de l'économie.

L'opposition fréquente entre les idées politiques et la réalité sociale est devenue tellement importante en Amérique Latine que l'immense majorité de ces pays cherchent des formules nouvelles. Il est certain et évident que les

antes de morir, que frente al «americanismo de tinte ingenuo, remoto y artificial, y, por lo mismo falso», debe mantenerse la idea de que «algún día vendrán a refugiarse entre nosotros, cuando los hombres de Europa no puedan sostenerla sobre sus conciencias cansadas, la llama de la cultura occidental» (Obra Completa, I, págs. 237-8).

idées constitutionnelles du XIX^{ème} siècle ont été surmontées partout. Maintenant un nouveau nationalisme, un sens clair de la réforme économique et sociale, la crise des partis traditionnalistes, la tendance pour un parti unique entrant dans le jeu. Les réformes constitutionnelles récentes ont absorbé peu à peu beaucoup de ces tendances et bien entendu tous ces changements intérieurs se répercutent à l'extérieur et surtout dans l'ensemble du système interaméricain. La conclusion est que l'Amérique Latine cherche son chemin au milieu de grandes tensions et de grandes difficultés et qu'elle doit le trouver si elle veut sauver la culture occidentale.

S U M M A R Y

The XXth Century and its tremendous series of upheavals one after another have had their effect on Latin America as on the other region of the planet. One century after having gained their Independence, the Ibero-American countries were, as a general rule, countries of conservative social structure and a contrast to the liberal and sometimes even radical character of the constitutional texts. Independence had been sought through the influence of rationalist ideas of the XVIIIth Century and the direct impact of the French and American Revolutions, but social reality and violence of the wars created very different real conditions. Racial differences, communications, economic and financial systems, etc. influenced in a greater or lesser progress, in political instability, in the search for new juridical forms.

But in this XXth Century, what we could call the second Ibero-American revolution is being brought about. From 1910 to 1960 the social change has been much faster which has caused an equally profound and rapid change affecting constitutional ideals, the forces of the parties and pressure groups, the type of ruling classes, and the political force of the masses. The main factors of this present Revolution are the overthrowing of the traditional order, demographic growth, appearance of new social groups, economic transformation and allowance of foreign capital, and the enormous increase of mediums of collective diffusion and communications.

Along with these social changes there have come important ideological, political and institutional transformations. The essential root of political change is that the power and the men aspiring for it no longer depend on a few but on the great influences of the urbane society: capital, popular mass and organized thrust. On the other hand, the rural proletariat no longer forms part of the passive masses and has been converted into a gigantic revolutionary force.

The frequent contraposition between political ideas and social reality has become of such importance in Latin-America that the immense majority of these countries are looking for new systems. It is certain that the nineteenth century constitutional ideas have been overcome everywhere. There now comes into play a new nationalism, a clear sense of economic social reform, the crisis of the traditional parties, the tendency towards a unique party. The recent constitutional reforms have been absorbing many of these tendencies and naturally all these interior changes have had a repercussion on the outside world and particularly on the whole of the Ibero-American system. The conclusion is that Ibero-America is trying to find her way amidst great tensions and difficulties but if she wants to save Western culture she will have to achieve her aim.